



Relaciones. Estudios de historia y sociedad

ISSN: 0185-3929

relacion@colmich.edu.mx

El Colegio de Michoacán, A.C

México

Escalona Victoria, José Luis
RESEÑA DE "LA VERGÜENZA. ENFERMEDAD Y CONFLICTO EN UNA COMUNIDAD CHOL" DE
Gracia Imbertón Deneke
Relaciones. Estudios de historia y sociedad, vol. XXIV, núm. 94, primavera, 2003, pp. 300-304
El Colegio de Michoacán, A.C
Zamora, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13709412>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

GRACIA IMBERTON DENEKE, *LA VERGIENZA. ENFERMEDAD Y CONFLICTO EN UNA COMUNIDAD CHOL, MÉXICO*, PROGRAMA DE INVESTIGACIONES MULTIDISCIPLINARIAS SOBRE Mesoamérica y el Sureste de la UNAM, 2002, 171 p.

Este libro nos acerca a la contradictoria vida social en una aldea campesina a través de lo que la población identifica como una *enfermedad*, cuyas manifestaciones físicas son múltiples: dolor de cabeza, fiebre, vómito, entre otros signos. Según los pobladores de la aldea chol donde se hizo este estudio, la vergienza es una enfermedad que no está totalmente asociada con el “alma”, como sí lo están enfermedades como el susto; por el contrario, el enfermar de vergienza está relacionado con las historias particulares de tensiones y pugnas entre familiares y vecinos. Así, desde la perspectiva de la población estudiada, la enfermedad puede provenir de un regaño sufrido por la enferma cuando su esposo le reprochó públicamente que la comida no alcanzara en cierta ocasión, o de que la mujer haya roto la olla de atole; también del hecho de que la gente haya murmurado respecto de la situación económica de esta familia cuando ésta haya puesto techo de lámina, o igualmente de que un puerco propiedad del enfermo haya invadi-

do la milpa del vecino causando algunos daños.

Pero, en tanto se identifica la enfermedad con el conflicto o la disputa, o con el chisme que se genera alrededor del caso, la denominación y el tratamiento de la enfermedad se enfocan en el objeto involucrado. Por un lado, tenemos que el tipo de vergienza se establece por el objeto que interviene o que está en disputa: vergienza de lámina, de puerco, de arroz con pollo, de despulpadora, de olla, etc. Por otro lado, el tratamiento consiste en hacer contacto con el objeto involucrado, ya sea en forma de rezos que lo describen con detalle, o empleando las aguas en donde se lavó la olla rota, o donde se lavaron las manos los comensales que asistieron a la comida, o en su caso haciendo uso del “sudar” de la lámina, por ejemplo. El curandero reza y baña al enfermo con esta agua o le coloca un trapo humedecido con ella.

En muchos trabajos sobre enfermedad en pueblos indígenas de Chiapas encontramos la idea de que hay un contexto cultural que explica suficientemente la existencia de ciertas enfermedades, como aquellas relacionadas con el daño o pérdida del alma: el susto, por ejemplo. La enfermedad es entendida a partir del contexto cultural particular, y es definida como

síndrome de filiación cultural. Otra explicación recurrente es la que habla de la enfermedad como sanción social lanzada sobre aquellos que incumplen obligaciones sociales o rituales, o violan normas reconocidas. La enfermedad es así explicada como mecanismo de control social o como mecanismo de legitimación de la autoridad.

Estas ideas han dominado el panorama de los estudios sobre enfermedad en Chiapas. Indudablemente que muchos casos individuales pueden ser explicados por estas tesis; además, estas ideas tienen sustento directo en lo que las propias personas involucradas dicen: la enfermedad es concebida como castigo al delito, al pecado o la falta cometida. Sin embargo, ¿qué ocurre cuando encontramos, como en este caso, que el diagnóstico no está claramente definido pues, aún cuando las personas manejan categorías semejantes, la manera en que dos curanderos llaman a la enfermedad de su paciente no es igual, ni ubican sus orígenes de la misma manera? ¿Qué pasa si encontramos casos en los que la sanción social parece no caer sobre el culpable sino sobre un inocente –el hijo o la esposa del acusado– o la víctima de una falta cometida? Estas preguntas, entre otras, nos hacen pensar que las explicaciones de la filiación cultural o la

sanción social no son del todo suficientes para entender la dinámica del diagnóstico y la atención de la enfermedad.

A través de un trabajo etnográfico detallado sobre la vergienza, este libro logra poner en duda estas conocidas explicaciones sobre la enfermedad. Lo hace planteándonos adecuadamente estas preguntas y ubicando con los casos estudiados los límites de las perspectivas existentes en la antropología para estudiar la enfermedad. Una de las virtudes de este trabajo, entonces, es que hace una invitación razonable a revisar algunas tesis que se manejan en la antropología médica y jurídica, sobre la base de una investigación etnográfica cuidadosa y ordenada.

Por un lado, la autora tiene en cuenta las condiciones en que se producen estos diagnósticos. La población donde se hizo el trabajo es una aldea de agricultores, productores de milpa de autoabasto y de café para la venta. El consumo diario es el del milpero, maíz y frijol, aunque hay comidas extraordinarias de atole y elote tierno, en la época previa a la cosecha, y de carne de guajolote, cerdo o pollo durante algunas celebraciones. La producción de café para el mercado, así como la presencia de empleos remunerados ha introducido nuevas formas de consumo, apareciendo así los

techos de lámina, las despulpadoras y el dinero mismo. En ese escenario, la pérdida o desperdicio de recursos, o el incumplimiento de compromisos, por ejemplo de matrimonio, o de cooperación para el trabajo en los intercambios de mano de obra, constituyen escenarios permanentes de tensión y conflicto. ¿Pero cómo es entendido y manejado ese conflicto por la población? A partir de la lectura de este trabajo, se puede plantear que una de las formas en que la población maneja el conflicto es a través de la enfermedad y, en este caso, de la vergüenza.

El diagnóstico habla de las tensiones y el curandero suele hacer exploraciones muy profundas en las relaciones personales para encontrar el origen de la enfermedad; pero la manera de identificar la enfermedad y de definir el tratamiento se enfocan en un objeto, que la autora llama el “objeto mediador”. Al parecer, la enfermedad, con sus expresiones corporales, y el tratamiento son medios para identificar las tensiones, los conflictos y las pugnas abiertas, es decir, de establecerlos como objeto de reflexión y de cuestionamiento. Así, como lo han propuesto estudios previos, la enfermedad es una forma de entender el contexto social; sin embargo, eso no ocurre sólo para el antropólogo. Tal como lo propone este libro, el

diagnóstico y el tratamiento de la enfermedad son parte de un lenguaje con el cual la propia población habla de las tensiones en la vida diaria, tensiones que no son accidentales sino expresiones constantes de las carencias y de las contradicciones en la vida familiar y comunitaria. La vergüenza, más que otras “enfermedades”, muestra directamente esta forma de usar el padecimiento corporal y los objetos en disputa como medio para hablar del mundo social.

Por otro lado, los casos muestran que no siempre es posible tener un diagnóstico claro, pues este puede ser reelaborado a lo largo de la trayectoria del enfermo y puede ser designado diferentemente por dos o más especialistas. Igualmente, no siempre el que violó la “norma” o el que incumplió el acuerdo es el que enferma: a veces es la víctima y en otras es el hijo de ésta. Lo que muestran estos casos es que el hecho mismo de elaborar un diagnóstico de vergüenza implica insertar en la dinámica de tensiones al enfermo, junto con todos los que intervienen en el diagnóstico y la curación, al hacer a otros responsables de un caso de enfermedad. No se trata entonces de control social, ni sólo de enfermedades definidas culturalmente, pues el caso también puede tener distintos diagnósticos en competencia, mientras que el resulta-

do puede reafirmar desigualdades o favorecer intereses particulares, más que reafirmar ciertas prescripciones. Por el contrario, el manejo de la enfermedad de la vergüenza puede ser parte de un lenguaje que hace entendibles ciertas desigualdades y contradicciones, así como también, un lenguaje que permite a los individuos participar en el curso y desenlace de los conflictos.

Este trabajo nos hace pensar en ciertos conceptos manejados en el estudio etnográfico de la enfermedad y el conflicto –y es quizá uno de los primeros trabajos que en Chiapas propone una perspectiva diferente respecto al tema-. Pero, en el contexto de la investigación antropológica, también representa una aportación importante a la crítica de la antropología desarrollada en Chiapas. Desde hace varias décadas se ha iniciado ya la crítica de las perspectivas llamadas funcionalistas y culturalistas respecto de los pueblos indígenas. Me parece que este trabajo profundiza esa crítica y la lleva hacia aspectos metodológicos fundamentales: la idea de que las contradicciones y las tensiones sociales no son meros fenómenos marginales en la vida social, sino que constituyen la base de la convivencia cotidiana; y la idea de que el manejo de la enfermedad, desde el diagnóstico hasta el tratamiento, podrá ser

parte del lenguaje con el que la población no sólo da cuenta de estas tensiones y conflictos, sino parte de las estrategias con las que los maneja. Esta perspectiva puede resultar adecuada para aproximarse también a otros temas.

Los antropólogos solemos tomar ideas existentes en la literatura como una base cierta para nuevas exploraciones en un tema particular. Pero pocas veces nos detenemos a revisar la viabilidad y el valor heurístico de esas ideas. Tal es el caso de nuestras explicaciones acerca de la enfermedad. Originalmente, como lo explica la autora, este trabajo fue una tesis de maestría. En ese sentido, es una tesis ejemplar, pues nos ofreció una crítica de las ideas existentes, nos propone otra manera de tratar el tema y nos muestra con un trabajo de campo ordenado las posibilidades de esta perspectiva. Ahora, como libro, nos invita nuevamente a transformar la mirada etnográfica en un examen crítico del pensamiento antropológico. Finalmente, es la complejidad de los fenómenos que estudiamos etnográficamente lo que permite, precisamente, modificar las conclusiones reducidas que hemos manejado por mucho tiempo. Todo es cuestión de hacer preguntas, de hacer las preguntas más adecuadas, pero no sólo a la población con quienes trabajamos; también se

trata de dejar que el material etnográfico cuestione las ideas preestablecidas. Este libro es una buena muestra de este trabajo de crítica metódica.

José Luis Escalona Victoria
Universidad Autónoma de Chiapas
jose_luisescalona@hotmail.com

GEORGE M. FOSTER Y GABRIEL OSPINA (CO-LABORADOR), *LOS HIJOS DEL IMPERIO. LA GENTE DE TZINTZUNTZAN, ZAMORA, EL COLEGIO DE MICHOCÁN*, 2000, 464 p.

INTRODUCCIÓN

El libro que se reseña fue publicado por primera vez hace medio siglo (en 1948), por el Smithsonian Institution en la imprenta mexicana Nuevo Mundo como parte de la colección de monografías que describen los resultados de estudios de campo compartidos por el Instituto de Antropología Social (del Smithsonian) y La Escuela Nacional de Antropología de México en el área Tarasca de Michoacán, entre 1945 y 1946. Esta nueva edición que nos ofrece El Colegio de Michoacán rinde homenaje a un antropólogo norteamericano formado en los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial. Los maestros que contribuyeron a la formación profesional de George M. Foster fueron Melville Herskovits,

Alfred Kroeber y Robert Lowie. Los maestros de Foster habían sido alumnos de Franz Boas. Los objetivos centrales emanados de la corriente Boasiana o particularismo histórico, que permeó los estudios antropológicos de la primera mitad del siglo XX se pueden sintetizar como sigue: “expulsar de la antropología a los aficionados y a los especialistas de gabinete, haciendo de la investigación etnográfica de campo la experiencia central y el atributo mínimo del estatus profesional” (Harris 1996, 218). El éxito más importante de Boas y de sus discípulos fue la construcción en este continente, “de una antropología profesional, universitaria, prácticamente desde sus cimientos” (Harris *op. cit.*). En cierta forma parecida a lo que Bronislaw Malinowski había hecho por la antropología en Gran Bretaña.

Foster fue introducido a la disciplina antropológica primero por Herskovits en la Universidad de Northwestern en donde obtiene su licenciatura en 1935 y luego alcanza el grado de doctor en 1941 en Berkeley, Universidad de California, en donde sus mentores fueron Kroeber y Lowie. A partir de 1953 Foster tiene un puesto en la misma Universidad de Berkeley como profesor. Ha escrito más de 20 libros y más de 200 artículos sobre México, América Latina y

antropología aplicada. Fue presidente de la Asociación Americana de Antropología (AAA) en 1970, Miembro de la Academia Nacional de Ciencias en los Estados Unidos desde 1976, recibió el premio Malinowski de la Sociedad para la Antropología Aplicada en 1982 y obtuvo un doctorado honorífico por la Universidad Metodista del Sur en 1990.

Como parte de su entrenamiento profesional, que ponía todo el énfasis en la recolección de datos empíricos nuestro autor, antes de estudiar a la gente de Tzintzuntzan, había estudiado al pueblo Yuki de California y a los Populucas de Catemaco, Veracruz en el invierno del mismo año, en donde se había concentrado en la lengua y los cuentos populares. Como dice el mismo Foster “la empresa de los alumnos se reducía a simplemente llenar ciertos huecos o brechas en la información etnográfica, haciendo miles de preguntas detalladas a sus informantes. Pasé el verano de 1937, trabajando con informantes de la tribu yuki y preparando una monografía repleta de datos pero muy corta en cuanto a teoría” (16). La regla máxima era recabar toda la información posible.

En la introducción que hace el autor a la presente edición del libro expresa que una de las cosas que cambiaría si tuviera que emprender de

nuevo el trabajo realizado en 1945 sería “recabar la información en relación a problemas teóricos” (17). Sin embargo, aunque la ausencia de postulados teóricos haya constituido una falla en el desarrollo científico por una parte, por el otro los buenos datos son perdurables y podrán ser útiles para los futuros antropólogos cuando nosotros lo esperan, en tanto que las “teorías van y vienen”.

CONTENIDO DEL LIBRO

Este libro de 463 páginas contiene: dos introducciones del autor, una escrita para la presente edición y otra correspondiente a la primera edición del libro en 1948. Después de las introducciones prosigue la parte más importante que incluye 16 grandes temas a saber: la historia anterior y posterior, el pueblo y la gente, la cultura material, las artes culinarias, ganándose la vida: la agricultura, la alfarería, la pesca, los animales domésticos, ocupaciones secundarias, comercio y finanzas, la riqueza y la propiedad, el gobierno, la religión (uno de los temas más extensos), el año ceremonial y el ciclo de la vida, que comienza con el embarazo nacimiento y termina con los “procedimientos funerarios, y estadísticas de defunción”. Estos 16 temas abarcan la